

Del misticismo decadentista a la mística revolucionaria. El itinerario de la religiosidad en el pensamiento de José Carlos Mariátegui

Pierina Ferretti¹

*"En mi camino, he encontrado una fe. He ahí todo.
Pero la he encontrado porque mi alma había
partido desde muy temprano en busca de Dios".*
José Carlos Mariátegui.

A modo de introducción

La sensibilidad de José Carlos Mariátegui hacia lo que podríamos denominar "dimensión religiosa" de la vida humana y social es ya un tópico reconocido entre los estudiosos de su obra. El propio autor, en su respuesta a un cuestionario que le fuera enviado por la revista *Mundial* en julio de 1926 —en uno de los escasos pasajes autobiográficos que salen de su pluma—, desliza una reflexión acerca de la persistencia de la inquietud religiosa a lo largo de su vida:

"Lo que existe en mí ahora —señalaba en esta ocasión—, existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía. En mi camino, he encontrado una fe. He ahí todo. Pero la he encontrado porque mi alma había partido desde muy temprano en busca de Dios".²

Efectivamente, recorriendo sus escritos, desde aquellas primeras incursiones periodísticas y literarias, firmadas con el pseudónimo de Juan Croniqueur,³ hasta el conjunto de artículos aparecidos entre 1928 y 1929 en *Variedades y Amauta*, y que hoy conocemos como *Defensa del marxismo*,⁴ no sólo advertimos la existencia de una

¹ Pierina Ferretti. Socióloga formada en la Universidad de Valparaíso y tesista del Magíster en Estudios Latinoamericanos impartido por el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA) de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Se desempeña como docente del Instituto de Sociología de la Universidad de Valparaíso y sus líneas de investigación tienen que ver con la historia de las ideas y el pensamiento latinoamericano. Contacto: pierinaferretti@gmail.com

Entre sus trabajos destaca la edición de *Textos escogidos de la revista Babel* (Santiago, LOM, 2008, 3 vols.) y de *Enrique Espinoza y la revista Babel* (Santiago, LOM, 2011, 3 vols.), que realizó en conjunto con un equipo de investigadores de la Universidad de Valparaíso y la Universidad de Chile.

² José Carlos Mariátegui, "Una encuesta a José Carlos Mariátegui" en José Carlos Mariátegui, *La novela y la vida*, Lima, Amauta, 1987, 154.

³ Juan Croniqueur fue el pseudónimo utilizado por Mariátegui durante sus años de juventud. Con él firmó los artículos que escribió entre 1914 y 1918 para diarios como *La prensa* y *El tiempo*. Sólo a partir de la fundación de *Nuestra Época*, en 1918, comenzará a firmar con su nombre.

⁴ Nos referimos a los dieciséis textos publicados por Mariátegui entre el número 17 de *Amauta* (septiembre de 1928) y el número 24 (junio de 1929) y que habían aparecido con diversos

sensibilidad especial y una disposición favorable hacia los aspectos espirituales y religiosos de la existencia, sino que hallamos, además, una suerte de religiosidad que pareciera inherente a su propia visión de mundo, y que asoma en el conjunto de su obra a veces de manera explícita y otras de forma sibilina, constituyéndose en uno de los elementos que conforma la originalidad de su perspectiva al interior de la historia del pensamiento crítico y del marxismo latinoamericano.

Esta dimensión que hemos llamado —al menos, preliminarmente— “religiosa”, no aparece únicamente en sus reflexiones dirigidas al análisis específico de cuestiones relativas a la religión, como el conocido acápite “El factor religioso” de sus *7 Ensayos...*,⁵ sino que emerge también en aquéllas en que expresa su concepción de la política, del socialismo y de la lucha revolucionaria. Nos encontramos así con que Mariátegui no solamente examina de una manera penetrante y heterodoxa el fenómeno religioso, sino con que él mismo es portador de una concepción religiosa de la vida, que no se opone a su condición de “marxista convicto y confeso”.

Como señalábamos, la valoración que Mariátegui tuvo de la religión ha sido ampliamente reconocida entre los estudiosos de su pensamiento. Por citar sólo algunos ejemplos, María Wiese, en *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida*,⁶ presta atención a la religiosidad misticista del joven Mariátegui y señala como ésta se politiza en sus años de madurez. Guillermo Rouillón, en el primer tomo de *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. La edad de piedra (1894-1919)*,⁷ hace especial énfasis en la vida religiosa de los años de infancia de nuestro autor en un capítulo denominado, precisamente, “Un niño en busca de Dios”. Robert Paris, por su parte, en su tesis doctoral titulada *La Formación Ideológica de José Carlos Mariátegui*,⁸ plantea que éste encuentra en la “espiritualización” del marxismo la forma de hacer posible el proyectar la lucha revolucionaria en un país con las características singulares del Perú. En la misma línea, Jorge Oshiro, en su trabajo *Razón y Mito. El Pensamiento Filosófico de José Carlos Mariátegui*,⁹ argumenta que nuestro autor representa la búsqueda de una nueva racionalidad que, sin caer en el irracionalismo, logre realizar una síntesis nueva entre mito y razón, ciencia y religión, teoría y *praxis*, destacando la importancia que otorga a los factores espirituales en la lucha revolucionaria. Asimismo, Osvaldo

títulos en la revista *Variedades* entre julio de 1928 y junio de 1929. Mariátegui preparó un volumen con estos escritos para su publicación, propósito que fue interrumpido por su temprana muerte en abril de 1930. Los artículos fueron publicados póstumamente por primera vez en un volumen único en Chile, con el título de *Defensa del marxismo. La emoción de nuestro tiempo y otros temas*, Santiago de Chile: Ediciones Nacionales y Extrajeras, 1939. La edición perteneciente a las Obras Completas Populares (1959) incorpora, además, otros textos que a juicio de los coordinadores de la edición eran temáticamente pertinentes.

⁵ Cfr., José Carlos Mariátegui, “El factor religioso” en José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1989, 162-193.

⁶ Cfr. María Wiese, *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida*, Lima, Amauta, 1981.

⁷ Cfr. Guillermo Rouillón, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. La edad de piedra (1894-1919)*, Lima, Universo, tomo 1, 1975.

⁸ Cfr. Robert Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Cuadernos Pasado y Presente, 1981.

⁹ Cfr. Jorge Oshiro, *Vernunft und Mythos. Das Philosophische Denken von José Carlos Mariátegui (Razón y Mito. El Pensamiento Filosófico de José Carlos Mariátegui)*, Colonia, ISP, 1996.

Fernández, en *Itinerario y trayectos heréticos de José Carlos Mariátegui*,¹⁰ se ocupa de la dimensión espiritual de la obra del peruano, fundamentalmente en el capítulo dedicado a la apropiación y reelaboración que hace de la noción de "agonía" de Miguel de Unamuno.

Sin embargo, hasta donde hemos podido constatar en nuestras indagaciones, los autores que han estudiado específicamente el problema de la religión en la obra de Mariátegui no son numerosos, y sus trabajos corresponden casi siempre a artículos que examinan un conjunto reducido de textos del pensador peruano, en los que el elemento religioso está expresado de manera más bien explícita. Michael Löwy, por ejemplo, analiza la relación entre marxismo y religión en Mariátegui y acuña la expresión "misticismo revolucionario" para conceptualizar la síntesis operada por el Amauta, centrando su interpretación principalmente en el artículo "El hombre y el mito" y algunos otros escritos recogidos en el volumen *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. En la misma dirección, Eduardo Cáceres, en su artículo "Subjetividad e historia: las múltiples dimensiones de lo religioso en Mariátegui"¹¹, vuelca su atención al quinto capítulo de los *7 Ensayos*, "El factor religioso", donde se encuentra, a su juicio, la reflexión más relevante de Mariátegui acerca de este problema. Alfonso Ibáñez, por su parte, en "La utopía de Mariátegui: método y subjetividad",¹² vincula las características que adquiere la trabazón establecida por nuestro autor entre religión y política con la tradición heterodoxa del marxismo representada por pensadores como Ernst Bloch y Walter Benjamin. Mas, a pesar de que existe un amplio consenso acerca de la sensibilidad de Mariátegui hacia cuestiones religiosas, y de que hay algunos estudiosos que han realizado indagaciones al respecto, no hemos encontrado un trabajo que haga de esta dimensión su objeto específico y que se proponga la reconstrucción y análisis del problema religioso a lo largo de su itinerario intelectual, desde sus primeros escritos hasta los últimos, dando cuenta así del camino que sigue la cuestión de la religiosidad en el conjunto de su obra. Porque si bien Mariátegui acusa la presencia constante de una inquietud religiosa, al mismo tiempo da cuenta de la evolución de esta inquietud. Las líneas que anteceden el pasaje que citamos al comienzo de este texto, dicen así:

"Si en mi adolescencia mi actitud fue más literaria y estética, que religiosa y política, no hay de qué sorprenderse. Esta es una cuestión de trayectoria y una cuestión de época. He madurado más que cambiado. Lo que existe en mí ahora, existía embrionaria y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía. En mi camino,

¹⁰ Cfr. Osvaldo Fernández, *Itinerario y trayectos heréticos de José Carlos Mariátegui*, Santiago de Chile, Quimantú, 2010. Este libro es la reedición del trabajo publicado por Fernández en el Centenario de Mariátegui celebrado en 1994, titulado *Mariátegui o la experiencia del otro*, Lima, Amauta, 1994, con la inclusión de un capítulo nuevo dedicado a la relación de Mariátegui con Unamuno.

¹¹ Cfr. Eduardo Cáceres, "Subjetividad e historia: las múltiples dimensiones de lo religioso en Mariátegui", en *Anuario Mariateguiano*, Vol. VIII, N° 8, 1996, 79-85. 1996.

¹² Cfr. Alfonso Ibáñez, "La utopía de Mariátegui: método y subjetividad" en Liliana Irene Weinberg y Ricardo Melgar Bao (eds.), *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, 199-217.

he encontrado una fe. He ahí todo. Pero la he encontrado porque mi alma había partido desde muy temprano en busca de Dios".¹³

Mariátegui reconoce una suerte de evolución o, más bien, de maduración de su actitud espiritual, contraponiendo su forma inicial "literaria y estética" con una posterior, de madurez, que califica como "religiosa y política". Esta distinción adquiere relieve al constatar que, efectivamente, su religiosidad juvenil se transforma al calor de su "conversión" al socialismo, politizándose. Contrariamente a lo planteado por algunos de sus biógrafos, que ponen énfasis en el misticismo y la religiosidad de su juventud, Mariátegui no considera que su actitud juvenil sea propiamente religiosa, sino que reserva este adjetivo para su etapa madura, que califica, además, como política, asimilando, en un ejercicio lleno de implicancias teóricas, socialismo y religión.

El misticismo decadentista de "la edad de piedra"¹⁴

Tras una infancia marcada por la enfermedad y el encierro¹⁵, Mariátegui ingresa al mundo del periodismo limeño en el diario *La Prensa*, primero como obrero en el taller de linotipia, luego como ayudante de linotipista y corrector de pruebas y, finalmente, como periodista. En *La prensa*, a la sazón importante medio impreso de la capital peruana que se hallaba del lado de la oposición al gobierno de Augusto B. Leguía, tomó contacto con un selecto grupo de escritores que constituían la vanguardia literaria del periodo, entre los que se contaban personajes como Alfredo González Prada (hijo del autor de *Horas de lucha*, a quien Mariátegui conoció en su niñez), Félix del Valle, Enrique Bustamante Ballivián y el poeta decadentista y d'annuziano, Abraham Valderomar, quienes ejercieron un poderoso ascendiente y colaboraron enormemente en la formación intelectual del joven aprendiz de periodista

Así, la vida de nuestro autor, en los años que van de 1911 a 1917, transcurría entre el periódico y el café, los artículos policiales, la poesía y algunas piezas de teatro, el club hípico y la bohemia literaria, en medio de una atmósfera un tanto aristocratizante que parecía, en aquel entonces, seducirlo¹⁶. Por estas circunstancias, Mariátegui define su actitud de adolescente como más propiamente literaria que religiosa. Pero, a pesar de ello, en este periodo podemos encontrar numerosos episodios y escritos que dan muestras claras de sus profundas inquietudes espirituales. Por ejemplo, en 1914 escribirá un artículo titulado "La procesión tradicional", en que describe la fiesta religiosa popular realizada en devoción al Señor de los Milagros, y que en 1917 le hará ganar el premio "Municipalidad de Lima" del Círculo de periodistas. Luego, en 1916, a la edad de 22 años, se retira a meditar al convento de los Descalzos de la Alameda,

¹³ José Carlos Mariátegui, "Una encuesta..." Op. Cit., 154.

¹⁴ La expresión "edad de piedra" fue utilizada por el propio Mariátegui para referirse a sus escritos redactados entre 1911 y 1919. Estos textos, numerosos y diversos en contenidos y géneros, fueron compilados y agrupados temáticamente por Alberto Tauro y publicados en 8 tomos por la empresa editora Amauta entre 1987 y 1991.

¹⁵ Cfr. Guillermo Rouillón, Op. Cit. Específicamente el capítulo dedicado a la infancia de Mariátegui "Un niño en busca de Dios", 45-64.

¹⁶ *Ibíd.*

experiencia tras la cual escribirá su soneto "Elogio de la celda ascética", cuya lectura nos permite formarnos una idea del carácter de la religiosidad del joven Mariátegui:

"Piadosa celda guardas aromas de breviario/tienes la misteriosa pureza de la cal/ y habita en ti el recuerdo de un Gran Solitario/ que se purificara del pecado mortal. Sobre la mesa rústica duerme un devocionario/ y dice evocaciones la estampa de un misal/ San Antonio de Padua exangüe y visionario/ tiene el místico ensueño del Cordero Pascual.

Cristo Crucificado llora ingratos desvíos/ Mira la calavera con sus ojos vacíos/ que fingen en la noche inquietante luz.

Y en el rumor del campo y de las oraciones/ habla a la melancólica paz de los corazones/ la soledad sonora de San Juan de la Cruz".¹⁷

Apreciamos en estos versos una religiosidad intimista, determinada por la tradición católica, inclinada al misticismo y al recogimiento interior. Una religiosidad también —y vale la pena retenerlo—, circunscrita al ámbito privado, carente de sentido social, de mesianismo o de esperanza.

Otros escritos de su "edad de piedra", en especial los que se ubican en el periodo previo a los estallidos sociales de 1918-19, revelan esa religiosidad intimista y el carácter decadentista y romántico de su actitud. "Creo que el mal del siglo es una extraña fatiga de la vida, una inexplicable neurosis, un vago e indefinible cansancio que muchas veces culmina en el suicidio",¹⁸ señala en un texto de 1917, que continúa así:

"El dolor de vivir invade los espíritus y despierta en ellos el deseo de buscar en la muerte la consolación ansiada... es el mal de siglo. El cansancio de la vida, la neurosis que hace abominar de cuanto rodea y que sume las almas en una lacerante melancolía. La amargura de Werther y Leopardi, que en lírico italiano fue fuente de divina poesía y reflejó en poemas de infinito dolor la voluptuosidad de la tristeza".¹⁹

Se advierte, en estos párrafos, la tendencia decadentista, pesimista y romántica que caracterizará sus primeros tanteos de literato, cuando nuestro autor se identificaba con la descripción que años más tarde él mismo haría de la literatura decadentista: "El artista contemporáneo, en la mayoría de los casos, lleva el alma vacía. La literatura de la decadencia es una literatura sin absoluto"²⁰.

Esa tónica de la disposición espiritual del Mariátegui de la "edad de piedra" lleva a Robert Paris a plantear que no es pertinente buscar la relación entre este misticismo

¹⁷ José Carlos Mariátegui, "Elogio de la celda ascética" en María Wiesse, Op. Cit., 16-17.

¹⁸ José Carlos Mariátegui, "Cartas a X" en José Carlos Mariátegui, Invitación a la vida heroica, selección y presentación de Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989, 60.

¹⁹ *Ibíd.*, 61.

²⁰ José Carlos Mariátegui, "Arte, revolución y decadencia", en José Carlos Mariátegui, El artista y la época, Lima, Amauta, 1959, 19.

esteticista de juventud y el posterior misticismo socialista.²¹ Mas, de todos modos, y como el propio Mariátegui señala, embrionaria y larvadamente hay en su espíritu inquietudes que lo irán a predisponer a experimentar una profunda afinidad con las filosofías que reivindicquen la dimensión espiritual de la vida y de la acción política. En esa dirección, María Wiese asevera:

“Místico será siempre, pero después su misticismo y su religión se alimentarán en el credo socialista. Místico tenía que ser este hombre fervoroso, apasionado, convencido y sincero. Dios no estará nunca ausente de él, pero él ya no buscará a Dios en la plácida soledad de la celda [...] Buscará a Dios en el dolor del hombre y en la angustia del mundo”.²²

Los primeros pasos hacia el socialismo comienza a darlos en 1918, en el marco de las agitaciones populares que se producen en Lima, y en diversos puntos del continente, como efecto de la crisis provocada por la Primera Guerra Mundial, el impacto de la revolución rusa, la reforma universitaria de Córdoba y la agudización de los signos, cada vez más claros, del agotamiento del pacto oligárquico, anunciado ya por la revolución mexicana en 1910, y que en el Perú se tradujo en el debilitamiento del régimen civilista y del partido que lo encabezaba desde finales del siglo XIX. En el país andino, el impacto de la posguerra en la economía significó un aumento considerable de los precios de los medios de subsistencia, lo que afectó directamente a las clases populares y provocó una oleada de protestas y agitaciones obreras. Las revueltas, que se inician a finales de 1918 con las banderas del abaratamiento del costo de la vida y la jornada laboral de ocho horas, en mayo del año siguiente alcanzan su mayor grado de desarrollo y violencia.²³ En ese contexto, Mariátegui comenzará su acercamiento al socialismo.

“Desde 1918 —dirá en una carta a Samuel Glusberg del 10 de enero de 1927—, nauseado de política criolla me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares, en pleno apogeo”.²⁴ Nuestro autor ya en 1916 había abandonado *La prensa* para empezar a colaborar en *El Tiempo*, diario que agrupó a sectores de oposición al régimen del presidente José Pardo. Allí se encargó de la sección *Voces*, columna de sátira parlamentaria que lo desplazó de sus preocupaciones netamente literarias al análisis de la realidad política, junto con vincularlo de manera directa a la lucha anticivilista. Pero el hito decisivo en su itinerario socialista lo representa la fundación de *Nuestra época*, en 1918²⁵. Se trataba de una revista animada por él y sus

²¹ Robert Paris, Op. Cit., 28.

²² María Wiese, Op. Cit., 16.

²³ Para un estudio del período se pueden consultar Peter F. Klaren, “Los orígenes del Perú moderno, 1880-1930”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América latina*, Barcelona, Crítica, vol. 10, 2000, 233-279 y Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Lima, Rickchay-Perú, 1980.

²⁴ José Carlos Mariátegui, “Carta a Samuel Glusberg”, en José Carlos Mariátegui, *Correspondencia (1915-1930)*, edición a cargo de Antonio Melis, Lima, Amauta, 1984, tomo 2, 331.

²⁵ La importancia que el propio Mariátegui otorga a este periódico se expresa en la renuncia a escribir bajo la firma de seudónimos. Una nota de la redacción en el primer número señala:

amigos César Falcón y Félix del Valle, quienes, inspirados en la *España* de Luis Araquistain, se propusieron dar vida a una publicación independiente, de corte crítico y confrontacional, logrando su objetivo al punto que éste deja de aparecer después de su segundo número, tras una polémica con el ejército provocada por un artículo salido, precisamente, de la pluma de Mariátegui.

La orientación política de nuestro autor se hace más decidida al calor de las convulsiones sociales de las que comenzaba a ser parte. El año de 1919 se inicia con su renuncia y la de Falcón a la redacción de *El Tiempo* y continúa con la fundación de un nuevo periódico, *La Razón*, que comienza a imprimirse en mayo de ese mismo año, en el momento más encendido de la lucha social. Pero en agosto, nuevamente producto de un texto polémico redactado por Mariátegui, *La razón* es clausurada y sus dos directores, Mariátegui y Falcón, parten rumbo a Europa a los pocos meses.²⁶

En el viejo mundo, golpeado también por la crisis del liberalismo y agitado por importantes movimientos de trabajadores, Mariátegui irá a completar un ciclo fundamental de su formación socialista.

El idealismo marxista italiano y el idealismo espiritualista de la "nueva generación" peruana

El carácter esencial que tuvo su paso por Europa es un hecho incontestable. En la misma carta a Samuel Glusberg que comentábamos con anterioridad, señalaba: "De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas"²⁷. Luego, en la "Advertencia" de sus *7 Ensayos...*, aseverará en esa misma perspectiva: "He hecho en Europa mi mejor aprendizaje"²⁸. Efectivamente, el derrotero intelectual y político seguido por Mariátegui tras su regreso a Lima en 1923 está marcado por su experiencia europea y, más específicamente, italiana.

De aquel lado del Atlántico, por nombrar sólo algunos hitos relevantes, asiste a las luchas de los trabajadores del norte italiano y se informa del movimiento de los *consigli di fabbrica*, así como de otros movimientos obreros europeos; toma contacto con la prensa vinculada a los *consigli*, como *L'Ordine Nuovo*, dirigido por el joven socialista italiano Antonio Gramsci y presencia la fundación del Partido Comunista Italiano, animada por el mismo Gramsci y su núcleo más cercano, en el Congreso de Livorno. Conoce el liberalismo democrático y radical encarnado en la figura de Piero Gobetti y su periódico *La Rivoluzione Liberale* y es testigo, además, de la derrota del movimiento obrero y del ascenso del fascismo.

"Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha renunciado totalmente a su seudónimo y ha resultado pedir perdón a dios y al público por los muchos pecados que, escribiendo con ese seudónimo, ha cometido". Texto citado en Robert Paris, Op. Cit., 36.

²⁶ A propósito de las circunstancias que rodearon este viaje, existe una polémica respecto de las relaciones existentes entre Leguía y Mariátegui ver: Robert Paris, Op. Cit., 73-74.

²⁷ José Carlos Mariátegui, "Carta a Samuel Glusberg", Op. Cit., 331.

²⁸ José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos...* Op. Cit., p. 1.

En términos teóricos, lo más relevante de su experiencia europea fue el conocimiento de la singular lectura del marxismo que nació de la síntesis de la obra del autor de *El capital* con la tradición idealista italiana, operada por algunos intelectuales vinculados orgánicamente al movimiento obrero, a quienes la crítica al positivismo y al cientificismo que orientó la política de la Segunda Internacional condujo a buscar, en perspectivas intelectuales ajenas al marxismo, elementos que les permitieran elaborar una lectura creadora del socialismo. En esa búsqueda echaron mano a la arraigada tradición idealista de la cultura italiana y a pensadores que habían leído en clave antipositivista la obra de Marx, como Antonio Labriola, Benedetto Croce y Giovanni Gentile, junto a intelectuales que, desde otras perspectivas, reivindicaban la subjetividad humana y el poder creador de la voluntad, como, por ejemplo, Georges Sorel y Henri Bergson.

Haciendo un balance de la importancia de la experiencia italiana de Mariátegui, José Aricó nos dice:

“Si Mariátegui pudo dar de la doctrina de Marx una interpretación tendencialmente antieconomicista y antidogmática en una época en que intentarla desde las filas comunistas era teóricamente inconcebible y políticamente peligrosa, sólo fue posible merced al peso decisivo que tuvo en su formación la tradición idealista italiana [...] En este neomarxismo de inspiración idealista —continúa señalando—, fuertemente influido por Croce y Gentile y más en particular por el bergsonismo soreliano, renuente a utilizar el marxismo como un cuerpo de doctrina, como una ciencia naturalista y positivista que excluye de hecho la voluntad humana [...] en este verdadero movimiento de renovación intelectual y moral de la cultura italiana y europea es donde Mariátegui abreva la inagotable sed de conocimientos que lo consume”.²⁹

De esta manera, Mariátegui encontrará los elementos que le ayudarán a orientar sus crecientes inquietudes sociales, y la politización de su religiosidad se catalizará junto con su lectura religiosa del marxismo a la luz de estas perspectivas, pues como condición de posibilidad de una síntesis entre religión y política como la que iría a realizar, debía adoptar, ciertamente, una visión de mundo muy distinta al positivismo cientificista, al evolucionismo y al materialismo que caracterizaron el marxismo de la II Internacional.

Pero no fue sólo su paso por Italia lo que estimuló la evolución de la dimensión religiosa de su pensamiento y, de modo más amplio, su lectura creadora del marxismo. También en América latina, sectores de la *intelligentsia* continental se rebelaban contra el positivismo que había inspirado la modernización conservadora operada por la oligarquía. Ya a comienzos del siglo XX el *Ariel* de Rodó inauguraba la crítica a la filosofía positivista, ejerciendo una poderosa influencia en las jóvenes generaciones de intelectuales. Luego, en los años veinte, en una atmósfera marcada por la crisis de la dominación oligárquica y por la emergencia de nuevos actores

²⁹ José Aricó, “Introducción” en José Aricó (ed.), Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, México, Cuadernos Pasado y Presente, 1980, xvi.

sociales que, desde las décadas anteriores habían venido conformándose y consolidando su identidad, se crearon las condiciones de posibilidad para el fortalecimiento de propuestas críticas al positivismo y sensibles a las dimensiones que éste había descuidado, como la subjetividad, la voluntad humana y la dimensión espiritual de la existencia. Esta sensibilidad permeó a un grupo importante de la intelectualidad latinoamericana y lo dispuso a la recepción favorable de filosofías como el espiritualismo y el vitalismo³⁰, a la par que en el campo de las artes daba nacimiento a movimientos de vanguardia con una evidente vocación de renovación estética y política.

En el Perú, el antipositivismo tuvo importantes cultivadores³¹. El filósofo Alejandro Deustua introdujo la filosofía espiritualista y vitalista en el mundo de las ideas peruanas en las primeras décadas del siglo XX y sus planteamientos serán retomados luego por intelectuales de la "generación de 1920", principalmente por Mariano Iberico. Vale la pena retener que el propio Mariátegui publica, en su sello editorial Minerva, *El nuevo absoluto* de Iberico³², libro de claro ascendiente vitalista y bergsoniano. Pero la renovación cultural no será sólo en el ámbito filosófico. En la pintura, artistas como José Sabogal, en la literatura, los diversos representantes del indigenismo, y en la política, figuras como Víctor Raúl Haya de la Torre y el propio José Carlos Mariátegui, formarán parte de ese movimiento de renovación que se conoce como la "nueva generación peruana". El común denominador del movimiento será la búsqueda de nuevos valores, la preocupación por el problema nacional y la voluntad explícita de transformación social y política.

De esta manera, por la vía del marxismo idealista italiano y del idealismo de la "nueva generación" peruana, nuestro autor adquirió los elementos teóricos que le permitirían radicalizar y politizar su inclinación religiosa junto con elaborar una lectura creadora del marxismo, en la cual el reconocimiento de la dimensión espiritual de éste será fundamental.

El socialismo y el mito soreliano

Mariátegui regresa a Lima en marzo de 1923 con la "declarada y enérgica ambición de concurrir a la creación del socialismo peruano"³³. Por esa causa desplegará, hasta su temprana muerte ocurrida en 1930, un intenso trabajo tanto en lo ideológico como en lo propiamente organizativo. En este periodo, en muchos de sus escritos, podemos apreciar cómo su religiosidad se ha politizado y cómo su marxismo ha cobrado un carácter religioso.

³⁰ Cfr. Marta Elena Casaús, "El Indio, la nación, la opinión pública y el espiritualismo nacionalista: los debates de 1929", en Marta Elena Casaús Arzú y Teresa García Giráldez: *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala: F & G Editores, 2005, 207-245.

³¹ Cfr. Augusto Salazar Bondy, "La reacción espiritualista" en *La filosofía en el Perú*, Lima, Universo, 1967, 87-102.

³² Cfr. Mariano Iberico, *El nuevo absoluto*, Lima, Minerva, 1926.

³³ José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos Op. cit.*, 2.

Un interesante ejemplo, lo constituye el artículo "El Hombre y el Mito", publicado en febrero de 1926 en *Mundial*:

"Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial —señala allí— desembocan en esta unánime conclusión. La civilización burguesa sufre de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza. Falta que es la expresión de su quiebra material. La experiencia racionalista ha tenido esta paradójica eficacia de conducir a la humanidad a la desconsolada convicción de que la Razón no puede darle ningún camino. El racionalismo no ha servido sino para desacreditar a la razón. A la idea Libertad, ha dicho Mussolini, la han muerto los demagogos. Más exacto es, sin duda, que a la idea Razón la han muerto los racionalistas. La Razón ha extirpado del alma de la civilización burguesa los residuos de sus antiguos mitos. El hombre occidental ha colocado, durante algún tiempo, en el retablo de los dioses muertos, a la Razón y a la Ciencia. Pero ni la Razón ni la Ciencia pueden ser un mito. Ni la Razón ni la Ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre. La propia Razón se ha encargado de demostrar a los hombres que ella no le basta. Que únicamente el Mito posee la preciosa virtud de llenar su yo profundo".³⁴

En medio de la crisis espiritual de la posguerra, Mariátegui encuentra en el socialismo la posibilidad de un mito en el sentido soreliano, es decir, en palabras de Gramsci, de "una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como doctrinario raciocinio, sino como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar en él la voluntad colectiva"³⁵. La dimensión mística y religiosa del socialismo se dibuja entonces como uno de los principales elementos de ese mito posible:

"Hace algún tiempo que se constata el carácter religioso, místico, metafísico del socialismo. Jorge sorel, uno de los más altos representantes del pensamiento francés del siglo xx, decía en sus *Reflexiones sobre la violencia*, "Se ha encontrado una analogía entre la religión y el socialismo revolucionario, que se propone la preparación y aún la reconstrucción del individuo para una obra gigantesca. Pero Bergson nos ha enseñado que no sólo la religión puede ocupar la región del yo profundo; los mitos revolucionarios pueden también ocuparla con el mismo título". Renan, como el mismo Sorel nos lo recuerda, advertía la fe religiosa de los socialistas, constatando su inexpugnabilidad a todo desaliento. "A cada experiencia frustrada, recomienzan. No han encontrado solución: la encontrarán. Jamás los asalta la idea de que la solución no exista. He ahí su fuerza".³⁶

El mito, en ese sentido soreliano que rescata Mariátegui, se convierte en el elemento capaz de suscitar una "voluntad colectiva" y de mover a los seres humanos a la acción,

³⁴ José Carlos Mariátegui, "El hombre y el mito" en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Lima, Amauta, 1988, 23.

³⁵ Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Torino, Einaudi, 1977, 1556. (La traducción es nuestra).

³⁶ José Carlos Mariátegu: "El hombre y el mito" Op. Cit., 28.

y allí radica su importancia teórica y política, pues no debe perderse de vista que estas no son cavilaciones abstractas de nuestro autor a propósito del mito y del sentido religioso del socialismo, sino que son parte de su reflexión acerca de las formas de concurrir a la creación del socialismo indoamericano. Mariátegui está pensando en la realidad peruana y en las posibilidades de la lucha revolucionaria allí, donde el limitado desarrollo de las fuerzas productivas y del proletariado industrial exigía una traducción del marxismo en una clave que hiciera posible su construcción bajo esas condiciones singulares. La importancia de esta tematización del mito radica, entonces, en que es precisamente ese carácter místico del socialismo el que se le presenta como el elemento capaz de despertar a las masas oprimidas locales y constituirse en su mito revolucionario. Así lo expresa, por ejemplo, en el prólogo a la novela de Luis E. Valcárcel, *Tempestad en Los andes*: "No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria".³⁷

De esta manera, podemos apreciar cómo su reivindicación del carácter religioso del socialismo forma parte orgánica y fundamental de su proyecto de construcción revolucionaria en el Perú.

La mística revolucionaria de *Defensa del marxismo*

Aún considerando que son numerosos los momentos en que Mariátegui expresa esa síntesis entre religión y política, en nuestra óptica su religiosidad encuentra un espacio de singular despliegue en el periodo que se abre con su ruptura con Haya de la Torre en 1928.

Como es ampliamente conocido, la separación de Mariátegui y Haya se produce a partir de la decisión tomada por este último, desde México y sin consultar a las bases residentes en Lima, de transformar el APRA en el Partido Nacionalista Libertador, de cara a las elecciones presidenciales que se celebrarían en 1930. Como respuesta a esta jugada de Haya, Mariátegui funda el Partido Socialista Peruano, cuyos objetivos se alejarán de la línea del líder aprista y mantendrán, también, independencia respecto a las orientaciones de la Tercera Internacional, organización que, por aquellos años, pugnaba por alinear a sus partidos afiliados con el proceso de bolchevización y la política de "clase contra clase" definida en el VI Congreso celebrado en Moscú en septiembre de 1928. La libertad intelectual y política buscada por Mariátegui irá a convertirse en objeto de intensas presiones por parte de la Internacional y su Secretariado Sudamericano, especialmente en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929, ocasión en la que los representantes del Partido Socialista Peruano serán fuertemente criticados por no haber constituido, a juicio de la Internacional, un "verdadero partido proletario", es decir, comunista.

³⁷ José Carlos Mariátegui, "Prólogo a *Tempestad en los Andes*", en Michael Löwy, *El marxismo en América latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días*, Santiago de Chile, LOM, 2007, 110.

En este contexto, realizando un esfuerzo teórico y político de la mayor envergadura, Mariátegui se da a la tarea de exponer su propia mirada del socialismo en una serie de ensayos publicados en *Amauta*, entre septiembre de 1928 y junio de 1929, bajo el rótulo de *Defensa del marxismo*.³⁸ En estos escritos, a nuestro juicio, al mismo tiempo que desarrolla su propia concepción del marxismo, alcanzará la madurez de su actitud "religiosa y política" y presentará, como un componente fundamental del marxismo, la dimensión espiritual de éste

Efectivamente, podemos apreciar en estos ensayos que uno de los ejes de la reflexión de Mariátegui tiene que ver con la capacidad del socialismo para generar valores espirituales y con la supresión de la dicotomía materialismo/idealismo. Es falso, señala, "suponer que una concepción materialista del universo no sea apta para producir grandes valores espirituales".³⁹ Al contrario, según indica, "el materialista si profesa y sirve su fe religiosamente, sólo por una convención del lenguaje puede ser opuesto o distinguido del idealista"⁴⁰. Es por eso que "la biografía de Marx, de Sorel, de Lenin, de mil otros agonistas del socialismo, no tiene nada que envidiar como belleza moral, como plena afirmación del poder del espíritu, a las biografías de los héroes y ascetas que, en el pasado, obraron de acuerdo con una concepción espiritualista y religiosa".⁴¹

En estos personajes, insistirá Mariátegui, "cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora".⁴²

³⁸ "Mariátegui se ve conminado a la necesidad de responder. Por una parte, orgánicamente, y esto explica la aparición del Partido socialista del Perú. Pero lo más importante es que en el plano teórico surge la necesidad de elaborar una concepción operante del socialismo. Es en el editorial "Aniversario y balance" que va a emprender esta tarea, pero el problema abierto respecto del socialismo y del marxismo, encontrará su respuesta teórica en *Defensa del marxismo*", Osvaldo Fernández, *Itinerario y trayectos heréticos de José Carlos Mariátegui*, Op. Cit., 158. Ahora bien, para ser precisos, es necesario consignar que los artículos que Mariátegui publica en *Amauta* bajo el rótulo general de *Defensa del marxismo* habían aparecido en las páginas de *Variedades* entre julio de 1928 y junio de 1929. Ver nota al pie nº 3 para más detalles.

³⁹ José Carlos Mariátegui, "El Idealismo Materialista" en José Carlos Mariátegui, *Defensa del Marxismo*, Lima, Amauta, 1964, 85.

⁴⁰ José Carlos Mariátegui, "Henri de Man y la "crisis" del marxismo" en *Defensa del marxismo*, Op. Cit., 17.

⁴¹ José Carlos Mariátegui, "El Idealismo Materialista" Op. Cit., 85.

⁴² José Carlos Mariátegui, "El Determinismo Marxista" en *Defensa del marxismo*, Op. Cit., 58. "Marx inició —señala Mariátegui en este mismo texto— este tipo de hombre de acción y de pensamiento. Pero en los líderes de la revolución rusa aparece, con rasgos más definidos, el ideólogo realizador, Lenin, Trotsky, Bukharin, Lunatcharsky, filosofan en la teoría y la praxis... ¿Y en Rosa Luxemburgo, acaso no se unimisman, a toda hora, la combatiente y la artista?... Vendrá un tiempo en que a despecho de los engréidos catedráticos, que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer que escribió desde la cárcel esas maravillosas cartas a Luisa Kautsky, despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Ávila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora —activo y contemplativo al mismo tiempo— puso en el poema trágico de su existencia el heroísmo, la belleza, la agonía y el gozo, que no enseña ninguna escuela de sabiduría". José Carlos Mariátegui, "El Idealismo Materialista" en *Defensa del marxismo*, Op. Cit., 39-40.

En este esquema, resulta particularmente interesante examinar el lugar que Mariátegui otorga a la lucha de clases en su lectura religiosa o espiritual del marxismo. En el mismo texto que citábamos anteriormente podemos leer:

“En la lucha de clases, donde residen todos los elementos de lo sublime y heroico de su ascensión, el proletariado debe elevarse a una “moral de productores”, muy distante y distinta de la “moral de esclavos”, de que oficiosamente se empeñan en proveerlos sus gratuitos profesores de moral, horrorizados de su materialismo”⁴³

Su comprensión de la elevación moral, de la formación de la “moral de productores”, se aleja de todo recurso externo a la lucha de clases y, en definitiva, de todo recurso externo a la historia, entendida ésta como el terreno propio de la acción de los seres humanos. Y allí se encuentra, a nuestro juicio, el elemento central de la síntesis mariateguiana entre religión y política y el vértice donde se unen marxismo y religiosidad. Es en la práctica, en la acción, en la historia, donde los seres humanos crean y recrean su mundo externo y, también, en una apretada dialéctica, su mundo interior⁴⁴. Una mención a Piero Gobetti, en la que coloca a la problemática de la *praxis* en el centro de su reflexión sobre el socialismo y su carácter religioso, nos ofrece luces sobre este tema:

“Piero Gobetti, discípulo y heredero del idealismo crociano, en lo que éste tiene de más activo y puro, ha considerado este problema, en términos de admirable justeza: “El cristianismo —escribe Gobetti— transportaba el mundo de la verdad en nosotros, en la intimidad del espíritu, indicaba a los hombres un deber, una misión, una redención. Pero, abandonando el dogma cristiano, nos hemos encontrado más ricos de valores, espirituales, más conscientes, más capaces de acción. Nuestro problema es moral y político: nuestra filosofía santifica los valores de la práctica. Todo se reduce a un criterio de responsabilidad humana; si la lucha terrenal es la única realidad, cada uno vale en cuanto obra y somos nosotros los que hacemos nuestra historia... No se trata ya de alcanzar un fin o de negarse en un renunciamiento ascético; se trata de ser siempre más intensa y conscientemente uno mismo, de superar las cadenas de nuestra debilidad en un esfuerzo más que humano, perenne. El nuevo criterio de la verdad es la obra que se adecúa a la responsabilidad de cada uno. Estamos en el reino de la lucha (lucha de hombres contra los hombres, de las clases contra las clases, de los Estados contra los Estados) porque solamente a través de la lucha se templan las capacidades y cada cual, defendiendo con intransigencia su puesto, colabora en el proceso vital que ha superado el punto muerto del ascetismo y del objetivismo griego”. No puede hallar —recalca Mariátegui— en una mente latina una fórmula más clásicamente precisa que ésta: “Nuestra filosofía santifica los valores de la práctica””⁴⁵

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ Cfr. Antonio Labriola, *Del materialismo histórico*, versión al español de Octavio Falcón, México, Grijalbo, 1971, 23.

⁴⁵ José Carlos Mariátegui, “El Idealismo Materialista” en *Defensa del marxismo*, Op. Cit., 85-86.

La *praxis*, la "actividad humana sensible" de la que hablaba Karl Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach*⁴⁶, que Antonio Labriola consideraba "la médula del materialismo histórico"⁴⁷, que fuera colocada por Giovanni Gentile en el centro de su interpretación de Marx, y que, gracias a la lectura instalada por Benedetto Croce, fuera reivindicada luego por Antonio Gramsci, desde el campo socialista, y por Piero Gobetti, desde el liberal, se convierte también en el elemento fundamental de la mística inmanente de Mariátegui: "Santificamos los valores de la práctica". Santificamos, en definitiva, la actuación de los seres humanos en la historia.

Mística de la *praxis*, carácter trascendente de la inmanencia⁴⁸. Aquí está la clave de la concepción religiosa de la política en Mariátegui. Una mística de la inmanencia, una "santificación" de la *praxis*.

La cita de Gobetti sintetiza bien la propia evolución de la religiosidad de Mariátegui. Si recordamos su misticismo intimista y decadentista de 1916, actitud que él mismo calificó de "literaria y estética", y la comparamos con las reflexiones deslizadas en *Defensa del marxismo*, vemos cómo se ha producido ese paso de la intimidad personal a la inquietud social y a la acción en la historia que describe a través de Gobetti. Mariátegui califica esta actitud de madurez como "religiosa y política", precisamente porque la maduración de su religiosidad está allí, en el paso del sentimiento personal a una religiosidad que se entronca con la lucha política, de un misticismo decadentista a una mística revolucionaria, de una religiosidad que se vuelve política y de una política que se "eleva a la altura de la religión". "La política —dirá en un texto de noviembre de 1926—, para los que la sentimos elevada a la categoría de una religión [...] es la trama misma de la Historia".⁴⁹

Hoy, que en los albores del siglo XXI pareciera estar reeditándose la "crisis espiritual" de la civilización burguesa y la puesta en jaque de la legitimidad del conjunto del sistema, que fuera el telón de fondo de la reflexión mariateguiana, volver a leerlo y explorar las innumerables vetas que tiene su obra, constituye un ejercicio teórico y político que puede permitirnos iluminar aspectos de nuestra propia escena contemporánea.

⁴⁶ Cfr. Karl Marx, "Tesis sobre Feuerbach" en Carlos Marx, Federico Engels, *La ideología alemana...* edición al cuidado de Néstor Acosta, traducción del alemán de Wenceslao Roces, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos y Editorial Cartago, 1985, 665-668.

⁴⁷ Antonio Labriola, *Socialismo y filosofía. Cartas a Georges Sorel*, Madrid, Alianza, 1969, 86.

⁴⁸ "El proceso de la reflexión mariateguiana —señala en esta dirección Aníbal Quijano— puede ser emparentado con el de Walter Benjamin, no solamente por esa peculiar tensión entre una racionalidad que se niega al reduccionismo, sino también porque en ambos la revolución es pensada como una cuestión de redención, sin que esto desemboque, sin embargo, en un territorio extraño a la propia historia. De este modo, en ambos, la materialización de la igualdad social, de la solidaridad, de la reciprocidad, del amor al prójimo, en la vida cotidiana de la sociedad, no se refiere a —ni depende de— ningún poder religioso institucional". Aníbal Quijano, "Prólogo" a José Carlos Mariátegui, *Textos Básicos*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 1991, x.

⁴⁹ José Carlos Mariátegui, "Arte, Revolución y Decadencia", *Op. Cit.*, 20.

Bibliografía

a) Corpus documental

Mariátegui, José Carlos, "Una encuesta a José Carlos Mariátegui" en José Carlos Mariátegui, La novela y la vida, Lima, Amauta, 1987.

_____ "El factor religioso" en José Carlos Mariátegui, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Lima, Amauta, 1989, 162-193.

_____ "Elogio de la celda ascética" en María Wiese, Op. Cit., 16-17.

_____ "Carta a Samuel Glusberg", en José Carlos Mariátegui, Correspondencia (1915-1930), edición a cargo de Antonio Melis, Lima, Amauta, 1984, tomo 2, 331.

_____ "Arte, revolución y decadencia", en José Carlos Mariátegui, El artista y la época, Lima, Amauta, 1959, 18-22.

_____ "El hombre y el mito" en El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy, Lima, Amauta, 1988, 23-28.

_____ Prólogo a "Tempestad en los Andes", en Michael Löwy, El marxismo en América latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días, Santiago de Chile, LOM, 2007, 108-113.

_____ "El Idealismo Materialista" en José Carlos Mariátegui, Defensa del Marxismo, Lima, Amauta, 1964, 83-91.

_____ "Henri de Man y la "crisis" del marxismo" en Defensa del marxismo, Lima, Amauta, 1964, 15-19.

_____ "El Determinismo Marxista" en Defensa del marxismo, Lima, Amauta, 1964, 55-58.

_____ Invitación a la vida heroica, selección y presentación de Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989.

b) Libros y artículos

Aricó, José (ed.), Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, México, Cuadernos Pasado y Presente, 1980.

Burga, Manuel y Flores Galindo, Alberto, Apogeo y crisis de la República Aristocrática, Lima, Rickchay-Perú, 1980.

Cáceres, Eduardo, "Subjetividad e historia: las múltiples dimensiones de lo religioso en Mariátegui" en Anuario Mariateguiano, Lima, Vol. VIII, Nº 8, 1996, 79-85.

Casaús, Marta Elena, "El Indio, la nación, la opinión pública y el espiritualismo nacionalista: los debates de 1929" en Marta Elena Casaús Arzú y Teresa García Giráldez, *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala: F & G Editores, 2005, 207-245.

Fernández, Osvaldo, *Mariátegui o la experiencia del otro*, Lima, Amauta, 1994.

_____ *Itinerario y trayectos heréticos de José Carlos Mariátegui*, Santiago, Quimantú, 2010.

Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere*, Torino, Einaudi, 1977.

Ibáñez, Alfonso, "La utopía de Mariátegui: método y subjetividad" en Liliana Irene Weinberg y Ricardo Melgar Bao (eds.), *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, 199-217.

Iberico, Mariano, *El nuevo absoluto*, Lima, Minerva, 1926.

Klaren, Peter F., "Los orígenes del Perú moderno, 1880-1930", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América latina*, Barcelona, Crítica, vol. 10, 2000, 233-279.

Labriola, Antonio, *Del materialismo histórico*, versión al español de Octavio Falcón, México, Grijalbo, 1971.

_____ *Socialismo y filosofía. Cartas a Georges Sorel*, Madrid, Alianza, 1969.

Marx, Karl, "Tesis sobre Feuerbach" en Carlos Marx, Federico Engels, *La ideología alemana*, edición al cuidado de Néstor Acosta, traducción del alemán de Wenceslao Roces, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos y Editorial Cartago, 1985, 665-668.

Oshiro, Jorge, *Vernunft und Mythos. Das Philosophische Denken von José Carlos Mariátegui (Razón y Mito. El Pensamiento Filosófico de José Carlos Mariátegui)*, Colonia, ISP, 1996.

Paris, Robert, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Cuadernos Pasado y Presente, 1981.

Rouillón, Guillermo, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. La edad de piedra (1894-1919)*, Lima, Universo, tomo 1, 1975.

Quijano, Aníbal, "Prólogo" a José Carlos Mariátegui, *Textos básicos*, 1991, p. i-xx.

Salazar Bondy, Augusto, "La reacción espiritualista" en *La filosofía en el Perú*, Lima, Universo, 1967, 87-102.

Wiese, María, José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida, Lima, Amauta, 1981.